



Integrantes del batallón de guardias nacionales, comandado por D. Jorge Pacheco. Señalando con una cruz, el poeta R. Risso. (Retratos Album).



Romildo Risso, de guardia nacional, en 1904, acompañado de su padre, el heroico lobo de mar D. Luis Risso (izquierda).

“HIJO'E TIGRE”

LOS EJES DE LA CARRETA DE ROMILDO

EMEPECE a saber de Romildo Risso allá por 1937. Fué D. Blas Genovese quien me habló con fe de su obra. Se trataba de un compatriota que vivía entonces en Bánfield, después de hacerlo por muchos años en Rosario de Santa Fé. Cayó alguno de sus libros en mis manos. Había allí evidentemente un poeta, todo un poeta. Es cierto que lo rodeaba un halo de lo prohibido. Era “tabú”. En un primer momento, no alcanzaba a entender totalmente el secreto. Aparentemente, por mi “viejopanchismo” deberíamos ser enemigos. Porque en él se daba una cierta “viejopanchofobia”. Pero yo nunca he credo que, por razones literarias, cuando hay sinceridad en las posiciones respectivas, deba llevarse al terreno de lo personal lo que corresponde a materia de gustos y de opiniones, cuando una de las partes entiende que en la otra, aunque haya distancias, sobra talento. Por eso, sin abdicar de mis convicciones, me interesó el caso de Romildo Risso. El primer encuentro se produjo en enero de 1938, a raíz de una conferencia de José Pereira Rodríguez sobre poesía gauchesca. Aquel hombre, que estaba de visita en ésta, me produjo una impresión extraordinaria. Pocas veces he visto una mirada que se clave tan profundamente. Tenía no sé qué cosa de fuerza, aquel rostro, parecía tallado a golpes por un Stephan Erzia, en quebracho. Quise, en la conversación sostenida, revelar aquel misterio que empezaba a preocuparme. De sus reservas, queda la documentación en este trozo de carta que me envió un año después: “... Estoy debiéndole una explicación desde más de un año... Usted se acercó y nos conocimos. Yo evité la conversación que Ud. deseaba, dando excusas que no eran verdaderas razones; sin embargo, las tenía: no podía invocarlas. Ignoro lo que pensó, pero sepa que mi reserva o mi esquivar estaban justificadas por circunstancias a las que Ud. era y es absolutamente ajeno. Honrado me sentí con su actitud, y si no pude corresponderle, considere la violencia que me impuse, por esta misma manifestación con que me acusó en falta, aunque deba absolverse del cargo que las apariencias justificaron...”

En estos días, el 29 de marzo, se cumplirá el quinto aniversario de su deceso. Y su fama empieza a difundirse a través de “Los ejes de mi carreta”. Poco después de aquella carta, volvió a radicarse en ésta su ciudad natal, y conversamos mucho. Hallo hoy el borrador de un reportaje que le hiciera y que nunca plasmó. Nació el 20 de octubre de 1882. De espíritu muy rebelde, hizo sus estudios de bachiller de manera irregular. Se reglamentó sólo en 1er. año, luego continuó en forma libre. Recordaba a sus profesores Gámez Marín y Gómez Ruano y a sus compañeros, los después doctores Justino Jiménez de Aréchaga, Carlos María Sorín y Argente Peraginé. A veces daba exámenes por compañerismo, para hacer trabajar a algunos de los que fueron muchachos en su época. Estudiaba sólo lo que le interesaba y, eso sí, leía mucho. Se embria-

gaba con obras enteras, no le atraían los textos. Abandonaba las materias que le provocaban indiferencia, entre ellas el latín. Habrá dado exámenes de ocho o diez asignaturas. Mientras tanto, a los diez y seis años estaba empleado en la Contaduría de la Nación. Tenía resistencias morales por las carreras universitarias. En las vacaciones, acompañaba al padre por el interior del país. Le quedaron impresiones para siempre de esos viajes. El aroma que da título a uno de sus libros, lo había visto allá por las canteras de La Paz. Luego se refirió a cómo escribía: muy ligero, sin saber casi que lo hacía. Si se le interrumpía, quedaba el canto sin terminar. De ahí, mucha obra inconclusa. Usaba la asonancia, por encontrar más libertad para las ideas. No le interesaba cuidar la forma. Hablamos de sus carreros. Cuenta una anécdota de un carretero que, al cruzar el Río Negro, se cayó. Lo importante del caso fué la mojadura y sentir la vergüenza gaucha de que a la vuelta supieran de su caída. Anécdota ingenua, a la que le da mucha importancia. Cree que el carretero observa mucho a través de sus viajes. Y le agrada esa vida, porque él es extraordinariamente observador. Le parece absurda la canción popular que dice: “No hay vida más desgraciada, que la del pobre carrero”. Es incisivo. No tiene “pelos en la lengua”. En la discusión literaria exige pruebas. Sin quererlo, quizás, y en contradicción —tan frecuente en los poetas— con expresiones anteriores, adhiere a la teoría de Poe sobre poesía. Repite a cada momento que no es poeta, que no sabe nada de literatura. Sin embargo, se expresa muy correctamente. Lee sus versos despacio, se transfigura y avejenta al hacerlo. Quizás los lentes arcaicos influyan en esta apreciación. Da entonación; parece que estuviera re-creando. Se “engaucha” totalmente al leer, pero sin énfasis de tablado. Dió cursillos en la Escuela “Venezuela”. Hay en él vocación magisterial, en alto sentido nacionalista. Dice que no tiene predilección por alguna de sus poesías. Sólo “El Triste” le llevó ocho horas de trabajo. A propósito de un seudónimo suyo, dice que nació el día de San Juan Cancio y que Inrúa es nombre de un antepasado...

Hasta aquí los apuntes desordenados de aquella conversación, que con afán de ratificarla, los he leído a sus finísimas hermanas Srías. Irene y Amanda Risso, que guardan como en cofre, sin sensiblerías que no caben en la raza, el recuerdo de su inolvidable Romildo. Puedo agregar hoy, que éste llegó al Rosario de Santa Fe el 30 de junio de 1910 y allí fué gerente de la Compañía Yerbatera Argentina. Viajó mucho con ese motivo, por las sucursales de Tucumán y de Salta, así como por Corrientes, Entre Ríos y varias veces por el Paraguay. Inventó una máquina mezcladora de yerbas que nunca patentó. En 1921 se estableció en Buenos Aires y allí vivió con sus hermanas, en la calle Leandro Alem y Corrientes, alrededor de 9 años. Comerció por cuenta propia con maderas y artículos rurales y viajó por el Paraguay, Misiones y Chaco

con ese motivo. Fué vicepresidente de la Comunidad Argentina de Escritores “Corda Frates”, que organizó la 1a. Exposición del Libro Argentino (1931-32), que yo visitara en la Plaza del Congreso y la Avda. Costanera. Nunca quise, a la manera de Bartolito Mitre, aunque a la inversa, obtener la carta de ciudadanía argentina, a pesar de suculentos ofrecimientos de empleos. Organizó con D. Domingo Lombardi la Sociedad Argentina de Arte Nativo y redactó su manifiesto que aún la rige. Dirigió la revista de la Liga Naval Argentina, hasta 1934.

Aquello extraño y contradictorio aparentemente que saltaba a primera vista de sus actitudes, quizás se explique si se tiene en cuenta que, aunque escribía en verso desde joven, pero en forma familiar y humorística, recién lo hizo en serio alrededor de 1930, como una necesidad nacional, como un imperativo de su patriotismo. Ello es lo que lo condujo a no transigir con manifestaciones poéticas en que había mezcla de europeísmos y con otras en que advertía influencias de “ismos” literarios. Entendamos esas sus absolutas en él. Aunque era esencialmente poeta, para él la poesía nativista, más que un fin en sí, era un medio. Porque tenía un sentido heroico de lo gauchesco. Y en él, no podía ser de otra manera. Si fué guardia nacional en la revolución de 1904 y hasta llegó nada menos que a torero, como aficionado, todo ello se explica por su sentido heroico de la vida, que le venía de lejos. Porque este Romildo, que fué amaestrador de perros, que ganó pre-

mios en el tiro a la paloma, que fué buen jugador de pelota a “share”, que tiraba flechas con maestría, que construía barquitos, luego de dibujar hábilmente sus planos, que tuvo sus intentos de escultor, que poco antes de morir daba en mi casa saltos sin impulso impresionantes, que entretenía a los chicos con toda clase de suertes de cartas, era hijo nada menos que del capitán Luis Risso, aquel hombre que defendió con heroísmo homérico la cañonera “Artigas”, de su mando, el 15 de abril de 1897, cuando fué asaltada con audacia frente a Nueva Palmira por un grupo de jóvenes revolucionarios. Momento terrible de nuestras luchas bravías. Hubo héroes y muertos por ambas partes. Llegó un instante en que Risso luchó poco menos que solo contra todos. Recibió tantas heridas que quedó desconocido. Y nadie sabe cómo salvó la vida, ya que no lo ultimaron, pues lo dieron por muerto. Y aquel valor tenía antecedentes ancestrales, de viejos marinos genoveses y de españoles de la colonia. Está emparentado, entre otros, con los hermanos Fernández, que trajeron el Cristo del Cordón y descansan junto a la cruz del segundo cuerpo del Cementerio Central. Cuenta el propio poeta (EL DIA, 15/4/40) que su padre, ya semi inconsciente, apenas tuvo tiempo de decir “peleen maulas; no se entreguen” antes de caer poco menos que ultimado. Y Romildo, que jamás fué maula, no se entregó, siguió la aventura varonil y estiró al máximo el arco de su poesía para dar un sentido de lo nativo, de acuerdo con su concepto personal del nativismo.

Continuaré, que el tema da para mucho.

J. C. SABAT PEBET.
(Especial para EL DIA).



Romildo estiró al máximo el arco de su poesía para dar un sentido de lo nativo.